

dez, M. Grichting, P. Grossi, J. L. Llaquet, D. Masia, L. Okulik, B. F. Pighin, G. Romanato, S. Siliberti, J. M. Vázquez García-Peñuela, M. Vismara Missiroli.

Un acierto de la edición, ha sido la de incluir las intervenciones en las mesas redondas –costumbre que se estaba perdiendo por la laboriosidad de la transcripción–, que completa las comunicaciones y suscitado nuevos temas de estudio y de debate. En resumen, un volumen muy completo y original, en que se abordan con gran altura temas hasta ahora preteridos por la historiografía tradicional.

S. Casas

**Jordi COROMINAS - Joan Albert VICENS, Xavier Zubiri. *La soledad sonora*, Taurus, Madrid 2006, 917 pp.**

He aquí la primera gran biografía de Xavier Zubiri (1898-1983). Ha sido escrita por Jordi Corominas, profesor de la UCA de San Salvador, y Joan Albert Vicens, profesor en la Universitat Ramon Llull de Barcelona. Una obra monumental, no sólo por su extensión, sino por la atención que ha prestado a las fuentes primarias, hasta ahora poco conocidas o incluso desconocidas, consultadas tanto en la Fundación Zubiri (Madrid), como en otros archivos. A la riqueza documental se añade, en este caso, la historia viva, es decir, la conversación con un buen número de testigos de los hechos narrados. El libro se enriquece con numerosos testimonios gráficos, que retratan distintos momentos de la vida del biografiado.

En el prólogo del libro, los autores ofrecen las claves para entender la obra que tenemos entre manos. No se trata, dicen, de una biografía intelectual, aunque sostienen que no es posible escribir ni entender la biografía de Zubiri manteniéndose al margen de su dramática búsqueda filosófica. Por otro lado, afirman así mismo que ninguna realidad se deja encerrar en la prisión de una fórmula, y mucho menos la realidad de una vida. El mismo Zubiri defendió que la vida personal de cada cual se

va a la tumba con él. Todo esto, para decir –quizá con excesiva modestia– que la biografía que nos ocupa es tan sólo un bosquejo, que si bien busca la verdad, la verdad de una vida humana es imponderable.

El volumen es, sin discusión, mucho más que un bosquejo. Además, su estilo está cuidadísimo, facilitando mucho la lectura; y el ritmo de la narración es apropiado, manteniendo el interés en todo momento, porque, al tiempo que se ofrece la biografía, se contextualizan los hechos narrados. El San Sebastián de principios de siglo; el Madrid de Alfonso XIII y de la Universidad Central; la Lovaina de entre guerras; Friburgo, Múnich y Berlín, capitales de la cultura en los años de la gran inflación; la Roma de Mussolini; el París de los refugiados españoles; la Barcelona vencida de la inmediata postguerra; el Madrid de los años difíciles del asentamiento del régimen franquista y, más adelante, de la contestación y la transición política..., todo esto desfila ante nuestros ojos, porque fue escenario de la vida zubiriana. Y, en tal marco, las amistades y desencuentros de Zubiri, y el ambiente eclesástico de la época, no sólo español, sino también vaticano. La biografía sigue, en efecto, el itinerario de sus relaciones con el P. Domingo Lázaro, que tanto influyó en su primera formación; sus maestros en Madrid, principalmente Juan Zaragüeta y José Ortega y Gasset, ambos después colegas de claustro académico; el ambiente universitario belga, teñido por la neoescolástica, y el alemán, tan diferente; sus amigos de empresas culturales en el Madrid republicano; su esposa Carmen Castro; sus amigos personales después de la contienda civil española; la entrañable amistad con Ignacio Ellacuría; etc. Los autores nos han proporcionado, pues, no sólo el itinerario del personaje sino una visión global de la historia cultural europea del siglo XX. Siglo marcado por las dos guerras mundiales, la guerra civil española, el Concilio Vaticano II, los cambios que implicaron en la comprensión del universo los adelantos científicos: la teoría de la relatividad, o la física atómica por citar algunos

ejemplos. Zubiri convivió y luchó por comprender e integrar aquel abigarrado mundo en su sistema filosófico.

Como era de prever, las dos causas canónicas de Zubiri ocupan un lugar especial: el proceso de Madrid, en 1921, cuando fue denunciado por «modernista», poco después de su ordenación sacerdotal, y el largo proceso de secularización (en dos fases), de 1934 a 1936.

He aquí muchas claves que hay que tener en cuenta. Los autores han hecho un gran esfuerzo por encuadrar al filósofo y al hombre en sus circunstancias, en su entorno, en su historia. Han combinado y situado los distintos planteamientos interiores de Zubiri dentro del marco histórico en el que se produjeron y que en cierto sentido ayudan a su intelección.

La distribución de los capítulos responde a etapas cronológicas marcadas no sólo por eventos externos, sino sobre todo por la evolución del pensamiento zubiriano, y que él mismo reconoció como tales: la primera etapa de formación (1898-1931), el segundo período marcado por la influencia de Heidegger (1931-1944) y la tercera etapa en la que emprende la segunda navegación para recorrer y sintetizar su propio camino filosófico (1944-1983). Los rótulos de estas etapas son expresivos y responden a la evolución interna de la vida de Zubiri: «El dolor de verlo todo transformarse en problema», «No hacemos sino comenzar» y «Desfallecí escudriñando la realidad».

De un modo rápido, como es rigor en una reseña, señalo que en la primera parte se aprecia la evolución de Zubiri en su etapa de formación, desde sus estudios escolares hasta la universidad y sus viajes por Europa. Desde el principio su espíritu inquieto le llevó a no conformarse con lo establecido y ver en la novedad la respuesta buscada. El consejo del padre Lázaro de ser leal intelectualmente (p. 47), de no criticar un sistema filosófico sin haberlo comprendido antes, marcó su itinerario filosófico. En ese marco se deja ver su atracción inicial hacia las ideas *modernistas* y lo que llega-

ba de Europa, frente a la tradición escolástica, que se le presentaba como algo que no podía dar respuesta a sus preguntas. El planteamiento de su vocación sacerdotal, en el que se mezclaron tantas presiones ajenas (y tanta doblez por su parte, quizá justificable por temor reverencial), y que después culminó en el proceso de secularización, que tuvo lugar años más tarde, está muy bien reflejado en estos capítulos.

En esta primera parte se describe el contacto con los filósofos que marcaron su formación: Ortega, que, como él mismo dice, no le enseñó filosofía sino a filosofar; Edmund Husserl, que le abrió el camino de la fenomenología; y Martin Heidegger, a quien en un primer momento admiró, tomando de él muchos planteamientos, para apartarse luego. Conocemos también sus intentos frustrados de dialogar con éste último, cuando asistió a sus clases, que después se traducirá en una correspondencia pedida por el mismo Heidegger, ya en la madurez de su vida y de su pensamiento. En esos años conoció también a los físicos más relevantes de la época, que contribuyeron a su vasta formación científica, como Albert Einstein, Edwin Schrödinger y Werner Heisenberg.

La segunda parte comprende años de grandes cambios culturales. El advenimiento de la República, la guerra civil española y la segunda guerra mundial. Tales cambios sociales convivieron con grandes cambios en la vida de Zubiri: su plena actividad en la Universidad Central, la creación de la Universidad de verano de Santander, su marcha a Roma, su proceso de secularización, su vuelta a la fe, su matrimonio con Carmen Castro, su estancia en París, el regreso a España, su abandono de la cátedra de Barcelona, y la ruptura con grandes amigos a causa de las heridas que la Guerra civil dejó abiertas. En este período aparecen ya categorías que son creación zubiriana, como el «horizonte» entendido como el marco de una comprensión del mundo: «el horizonte hace ver, sin ser visto; esto es, hace posible la diafanidad» (p. 269); y la noción de «impresión» (p. 323), tomado como ámbito primario y radical

del análisis, presupuesto en toda relación entre lo objetivo y lo subjetivo, nuevo fundamento de toda su filosofía, que nos pone en contacto con la realidad, pero entendida como «haber».

La tercera etapa fue la más fructífera en cuanto a producción filosófica, la de su sistematización. Es destacable la ayuda que le prestó la Sociedad de Estudios y Publicaciones, proporcionándole el foro desde el que desarrollar su pensamiento y los medios económicos para poder dedicarse a escribir su obra ajeno a otras presiones. Es significativo su aislamiento de la realidad política española de aquellos años. Momento importante fue el inicio del Seminario Zubiri como ámbito que le ayudó a perfilar su pensamiento; y decisivo el encuentro con Ignacio Ellacuría.

Es lógico que esta última parte, que comprende menos años, sea la más densa desde el punto de vista de especulativo, ya que está marcada por el intento costoso de plasmar por escrito su obra. La poca aceptación, debido en parte a la escasa comprensión de su obra *Sobre la esencia*, le repercutió, pero no le arredró.

Los autores reconocen que la biografía de Zubiri puede ser ampliada y profundizada, aunque –en nuestra opinión– su monografía será siempre un punto de arranque ineludible. Ellos han trabajado con honestidad y con un esfuerzo encomiable. Puestos a destacar algunas fuentes que ahora se dan a conocer, me atrevo a resaltar la carta de Zubiri a «Rourix», que data de 1921. Es un testimonio magnífico del influjo del modernismo teológico en España (cosa hasta ahora sólo documentada en algunas obras literarias y pequeños ensayos filosóficos y teológicos). También quiero poner de relieve las cuentas de conciencia de Zubiri a Mons. Leopoldo Eijo y Garay y al dicasterio romano que vio sus procesos de secularización, que revisten un interés extraordinario, para conocer el fondo espiritual de nuestro filósofo. No se entiende, desde la altura de nuestro tiempo, que nadie le aconsejara entonces que desistiera de la ordenación sacerdotal. Desde nuestra perspectiva, tampoco se comprende por

qué las autoridades eclesiásticas no advirtieron que su ordenación sacerdotal había sido probablemente inválida, no sólo por temor reverencial, sino, sobre todo, por su particular manera de concebir, en aquel momento preciso, la fe de la Iglesia, inmerso, como estaba, un el proceloso mar del modernismo teológico. A la vista de las fuentes que ahora se exhuman, la inevitable toma de posición, en asuntos tan delicados, exigirá extremar todavía más la prudencia y andar con mucho tiento, para no incurrir en valoraciones de porte maniqueo.

Como dicen los autores en la presentación y se ha señalado también aquí, ninguna realidad y menos una vida se puede resumir en una fórmula. Esto no es sólo una cláusula de estilo para disculpar lo que de Zubiri o de la época no se haya dicho en esta obra, sino que responde a una realidad que es preciso tener muy en cuenta cuando se está delante de un trabajo que intenta dar una visión global de un personaje y de un período histórico tan complejo y tan amplio. No perdamos de vista que los autores, aunque han manejado una extensa documentación, han tenido que reconstruir la historia de acuerdo con un esquema y de acuerdo con una perspectiva, que es la suya. Es prudente que hablen de reconstrucción provisional: «si las cosas no sucedieron tal y como las contamos, lo cierto es que lo que contamos sucedió de un modo u otro». Esta «prudente reconstrucción final» es una clave hermenéutica que muestra una vez más la seriedad con que han emprendido su empresa.

M<sup>a</sup> S. Fernández-García

**Alejandro M. Diéguez - Sergio Pagano**, *Le carte del «Sacro Tavolo». Aspetti del pontificato di Pio X dai documenti del suo Archivio Privato*, Librería Editricie Vaticana (Collectanea Archivi Vaticani, 60), Città del Vaticano 2006, 2 vols., CXVI+520; 527-1072 pp.

Sergio Pagano, prefecto del Archivio Segreto Vaticano, y Alejandro M. Diéguez, oficial del mismo y autor de la obra *L'Archivio*